



LOS CONSPIRADORES

BREVE CRÓNICA DE LA CONJURAS INDEPENDENTISTAS DE VALLADOLID Y QUERÉTARO NARRADA POR DON EPIGMENIO GONZÁLEZ

Juan Carlos Quezadas



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010
Quincuagésimo Aniversario de la Independencia



BREVE CRÓNICA DE LA CONJURAS INDEPENDENTISTAS DE VALLADOLID Y QUERÉTARO, NARRADA POR DON EPIGMENIO GONZÁLEZ

Juan Carlos Quezadas

Llenando unos sacos de pólvora

FUE UN SÁBADO, SI LA MEMORIA NO ME FALLA. CAÍA la tarde. Serían como las seis. Estaba yo en mi taller relleno de unos costales con la pólvora que acababa de llegar apenas por la mañana. Tenía que repartirla muy bien. Colocar en cada costal la medida exacta para que en el momento de las batallas no fuera a faltarle a unos ni a sobrarle a otros.

En eso llegó corriendo Joaquín, mi criado.

—Váyase, don Epigmenio, por allí andan unos gendarmes. Y creo que vienen para acá —me dijo a tal velocidad que las palabras se atropellaban unas con otras.

A mí nunca me gustó dejar las cosas a medias. Así que a pesar de las prisas y de lo complicado de la situación, aún me tomé el tiempo de rellenar con exactitud el último costal. A decir verdad la maniobra también

me permitió pensar en lo que debía hacer. Cuando cayeron las últimas briznas de pólvora ya lo tenía todo planeado.

—Te me vas como alma que lleva el diablo con Enrique, el de la botica, y le cuentas lo de los gendarmes. Corre porque no hay tiempo que perder.

Joaquín me obedeció y salió por la puerta trasera del taller. Yo creo que apenas iría por la esquina cuando el portón principal cedió ante los golpes y patadas de los gendarmes.

—¿Epigmenio González? —me preguntó uno de aquellos hombres.

—Sí, soy yo.

—Tendrá que acompañarnos.

Y con esa pequeña frase se inauguró mi cautiverio de más de veintisiete años. Me llevaron a un calabozo y allí estuvieron torturándome por horas para que les diera nombres, para que les confesara toda la verdad acerca de las reuniones clandestinas que desde hacía tiempo se celebraban en la casa del corregidor.

Pero yo nada dije.

Me quedé callado. Qué importaba mi dolor si gracias a él podría labrarse el futuro de la patria.

Falla la conspiración de los Pepes

Existía el antecedente de la conspiración que apenas en diciembre del año pasado se había logrado desarticular en Valladolid.

Los implicados en aquel complot buscaban establecer un congreso formado por representantes de toda la Nueva España para gobernar en nombre del rey Fernando VII, quien se encontraba secuestrado por el emperador Napoleón Bonaparte. España estaba en crisis y los conjurados buscaban aprovecharse de esa situación.

La conspiración de Valladolid tenía como sede principal la casa de José García Obeso, y entre sus más fervientes participantes se encontraban José Mariano Michelena, José María Izazaga y parece que también Agustín de Iturbide.

Los conjurados establecieron, a través del indio Pedro Rosales, una alianza con grupos indígenas de la región para que en su momento estos grupos también participaran en el alzamiento.

Sin embargo, como ya lo anuncié, la conspiración de Valladolid fue descubierta y todos los planes se vinieron abajo.

Casi falla la conspiración de los Nachos (pero en ese “casi” se cimentó nuestra libertad)

—Habla, Epigmenio. No seas tonto, dinos lo que sabes
—me pedía uno de aquellos gendarmes al tiempo que me mostraba la punta reforzada del fueite con el que ya me había dado algunos azotes—. Todos tus compañeros ya están abriendo el pico. Si no, ¿cómo crees que hubiéramos podido dar contigo? Anda, no seas necio, cuéntanos todo.

Pero yo me quedé callado.

Podía haberles dicho que las reuniones comenzaron en la casa del cura José María Sánchez y que a ellas asistían el capitán del Regimiento de Dragones de la Reina, don Ignacio Allende; los hermanos Juan e Ignacio Aldama y el cura don Miguel Hidalgo y Costilla. Podía haberles confesado a mis captores que el corregidor, don Miguel Domínguez, aunque no acudía con regularidad a estas reuniones, estaba de acuerdo con nuestro movimiento. Incluso podría confesarles que cuando el asunto fue tomando más forma, las reuniones se trasladaron a la mismísima casa del corregidor. Yo creo que en esta decisión tuvo mucho que ver su mujer, doña Josefa Ortiz, quien siempre se identificó con los ideales de nuestra lucha.

Para no despertar sospechas, estas reuniones se disfrazaban de veladas literarias. Y así, entre poema y poema, entre tazas de chocolate y churros azucarados, hacíamos nuestro el pensamiento de la Ilustración. Esas ideas, prohibidas por la Iglesia católica, fueron sin duda el combustible intelectual con que se alimentó nuestro levantamiento.

Después de mucho discutir llegamos a la conclusión de que la única alternativa que teníamos era tomar el camino de las armas. Decidimos que la lucha diera comienzo el primero de octubre de 1810.

Debíamos tener mucho cuidado de que nuestro plan no fuera descubierto, y al mismo tiempo necesitábamos ir encontrando nuevos partidarios de nuestra causa. Nos movíamos con pies de plomo.

Yo, por ejemplo, fui comisionado para instalar en mi negocio un depósito de pertrechos, que con el paso de los días se transformó en una pequeña fábrica de armamento. Tenía junto con mi hermano Emeterio, quien por cierto fue otro de los mártires de nuestra Independencia, un pequeño taller en la Plaza de San Francisco. Todo el santo día entraba gente a nuestro negocio, así que era un lugar libre de sospecha.





Con ayuda de algunos compañeros acondicionamos la covacha trasera y la convertimos en una verdadera sala de armas. Allí se podía encontrar desde una filosa daga hasta una lanza, diferentes tipos de proyectiles o un fusil.

Los gendarmes querían que les contara todo esto. Querían que les diera nombres. Pero yo permanecí callado como una roca.

Un taconeado histórico

Ahora sé que fue el 13 de septiembre cuando nuestra conspiración fue descubierta. El nombre de mi hermano y el mío fueron de los primeros en saltar a la luz. Así que los gendarmes se apersonaron en nuestra tiendita y descubrieron el arsenal. Mientras nosotros éramos encerrados en el calabozo una ola de rumores se expandía por todos los rincones. Al mismo tiempo Juan Antonio Riaño, intendente de Guanajuato, buscaba, afortunadamente sin éxito, lograr la captura de Allende y de Aldama.

El Bajío ardía. Pero con un fuego interior. Como el que se desplaza invisible por debajo de los pastizales incendiándolo todo.

En Querétaro, el corregidor Domínguez, tratando de proteger a su esposa, la encerró bajo llave en su pro-

pia habitación. Sin embargo doña Josefa, mujer previosa, ya tenía un plan dispuesto en caso de que las cosas sucedieran de aquella forma: resulta que precisamente, debajo de su cuarto vivía Ignacio Pérez, hombre leal a la causa independentista. Así que la corregidora le hizo saber, zapateando rítmicamente sobre la duela, que algo andaba mal.

Ignacio Pérez fue hacia la puerta de doña Josefa y ésta le explicó, con suaves murmullos a través de la cerradura, que la conspiración había sido descubierta y que era muy importante avisar a los líderes del movimiento.

De inmediato Ignacio Pérez montó en su caballo y se trasladó de Querétaro a San Miguel el Grande a informar de la situación a su tocayo Allende (ya lo ven, hubo muchos Nachos participantes en el nacimiento de nuestra nación). Pero Allende ya se encontraba en Dolores junto con el cura Hidalgo.

Hasta allá se trasladó entonces Ignacio Pérez. Informó de la ola de detenciones que estaban ocurriendo, del encierro de la corregidora, del descubrimiento de la conspiración. Y ante aquel panorama, a los líderes del movimiento no les quedó más que iniciar de inmediato el levantamiento armado.

La madrugada del 16 de septiembre los pobladores de Dolores fueron despertados por el insistente tañer de las campanas.

La historia de un fantasma

Ya lo vimos. La vida y la historia son siempre caprichosas. El grito de un cura, el taconeo de una mujer... Todo comenzó de manera sorprendente. Como si se tratara de una novela escrita por un loco o un fantasma.

Y es que sin ir más lejos, mi vida, la vida del conspirador Epigmenio González, es un capítulo perdido entre las páginas de aquel libro compuesto por toda suerte de chifladuras. Les cuento: estuve preso en la Ciudad de México. Por participar en otra conspiración me condenaron a cadena perpetua en el Fuerte de San Diego en Acapulco. La humedad de los calabozos, las altas temperaturas y una dotación constante de golpes y azotes hicieron que mi estado de salud se quebrantara muchísimo. Después me deportaron a una cárcel de Manila, en Filipinas, que aún pertenecía a la Corona española. Allí me tuvieron más de veinte años.

En 1836, con el acuerdo de paz entre México y España, por fin llegó mi liberación. Pero yo estaba enfer-

mo y sin dinero, así que tardé todo un año, viajando por aquí y por allá, para poder regresar a mi patria.

Al llegar nadie se acordaba de mí.

Era como un fantasma.

Pero qué más da, yo había contribuido con mi granito de arena, o más bien con varios grumos de pólvora, para lograr cumplir el sueño de toda una serie de románticos personajes que buscaban un destino mejor para esta nación. Los conspiradores. Los locos conspiradores.





Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

